

COOK, Noble David, con Alexandra PARMA COOK. *People of the Volcano. Andean Counterpoint in the Colca Valley of Peru*. Durham and London: Duke University Press, 2007, xvi + 319 pp., ilustr.

Desde hace ya un tiempo, no es fácil evitar cierto sentimiento de aprensión al abrir las páginas de un libro de historia escrito en Estados Unidos. La presencia de modas innumerables, cada una de ellas con sus palabras clave, y el recurso a la jerigonza para esconder la falta de ideas e imaginación, o bien pretender ser teóricamente relevante, hacen que la lectura degenera rápidamente en un ejercicio de autocontrol, disciplina y expiación de pecados en la tierra. Afortunadamente, el libro que nos toca comentar es un raro ejemplo de prosa límpida que se deja leer sin problema alguno y que, además, resulta entretenido. Esta facilidad de lectura resulta tanto más bienvenida porque hace ya varios años, desde la publicación de *The People of the Colca Valley: A Population Study* (1982), que esperábamos con ansias el libro que Cook anunciaba sobre el Colca. ¿Valió la pena la espera? La respuesta es un rotundo sí, no obstante tratarse de una versión abreviada de un manuscrito más largo, cortado despiadadamente por la editorial, y los problemas generales que la etnohistoria enfrenta.

No se trata, como algunos creen, de una historia demográfica, pero tampoco es fácil precisar el objetivo del libro. En el prefacio se nos dice que el autor quería «brindar una guía para quienes [...] desean entender mejor cómo fue que [los] habitantes [del valle] transformaron su paisaje, convirtiéndolo en lo que hoy vemos. El estudio es histórico, con un ojo fijo en el lugar, en el medio ambiente» (p. XI; todas las traducciones son mías). Pero lo que vemos en la actualidad —se nos advierte— es también obra de los españoles y de la forma en que modificaron las bases precolombinas, que por cierto no son solo materiales, sino también sociales, esto es «la forma en que las relaciones humanas —religiosas, económicas y sociales— son construidas para permitir la supervivencia en un medio difícil. Estas estructuras [...] son las que deseo explorar». Ahora bien, tal propósito sería entendible en un estudio que abarcara unos dos o tres siglos, pero sucede que la narración se detiene en las dos o tres primeras décadas del siglo XVII. Por ello, quizás sería más exacto

decir que el libro «explora las transformaciones culturales experimentadas por las tres primeras generaciones de indios y europeos en la región, luego de la conquista española de los incas», enunciado este que únicamente aparece en la contraportada.

Para estudiar estas estructuras, los Cook efectúan un contrapunto entre el ideal colonizador español y su aplicación práctica en el Colca, y la respuesta andina, que en general es entendida como una serie de formas de «resistencia». El resultado es un fresco bastante agradable que nos pinta de modo muy claro el proceso de instauración de un régimen estatal en los Andes. Sin embargo, se imponen algunas observaciones. Para empezar, si bien a los investigadores anglosajones les gusta hablar de colonialismo, no queda del todo clara cuál vendría a ser la diferencia fundamental entre el imperialismo hispano y el incaico. Cierto es que la etnohistoria siempre ha dado dos respuestas rápidas: que el primero era ajeno —*alien* sería el término más adecuado— a los Andes y que tenía una naturaleza explotadora y desestructuradora de la que carecía el segundo. No obstante, bien miradas las cosas, esta distinción no es tal, pues hasta hoy su único sustento real es una comparación de la *práctica* hispana con el *ideal* andino. Es claro que, planteadas así las cosas, lo que estamos haciendo es comparar entes no comparables, operación en la cual, obviamente, los españoles van a resultar siempre mal parados. De otro lado, cuesta imaginar con qué variables medir la naturaleza explotadora del Estado inca y concluir, de modo confiable, que no lo era tanto como el Estado hispano. Es evidente que toda descripción hecha por los indios indicando qué le entregaban al inca siempre va a minimizar sus cargas, porque ellos no eran tontos y sabían bien para qué se les estaba interrogando. De hecho, sería fácil argumentar (aunque políticamente incorrecto en extremo) que la única razón por la cual el régimen hispano parece ser más explotador es debido a la caída demográfica y sus consecuencias.

Pero más allá del problema, en última instancia moral y metahistórico, de cuál régimen fue más explotador, lo que está en juego aquí es cuál es el eje de nuestra investigación. Para la etnohistoria —surgida en una época en la que todavía se pensaba que la «conquista» terminaba en

Cajamarca—, importaba rescatar el papel activo del «hombre andino», lo que implicaba recuperar su «resistencia» y, con ello, los «cambios y continuidades». Sin embargo, cuando se investiga la instauración de un régimen estatal, lo que interesa es cómo un nuevo grupo dominante consolida su poder, cuestión esta que, en última instancia, remite al problema del manejo y establecimiento del poder: ¿hegemonía o violencia? La respuesta tradicional de la historiografía peruana(ista) ha sido la segunda opción, lo que a todas luces es un despropósito: ¿cómo un régimen estatal que solo contaba con fuerzas militares de papel y ninguna fuerza policial podría haber aplicado la violencia sin haber sido aplastado, en una época en la cual la infantería seguía reinando en el campo de batalla? Es obvio, entonces, que la cuestión pasaba por la consecución de la hegemonía, y con ello la cuestión relevante viene a ser la manera como el régimen hispano estableció su legitimidad. Para Steve Stern, en su estudio sobre Huamanga, la respuesta radicaba fundamentalmente en el papel desempeñado por la ley, en combinación con la capacidad de ascenso de algunos sectores indígenas. El camino seguido por los Cook es distinto. A partir de un examen del establecimiento del orden imperial hispano en los Andes, lo que se va esbozando es cómo la construcción del mismo tuvo lugar no solo sobre la base de elementos externos (como los que Stern apunta), sino también a partir de la reconstrucción de la vida cotidiana y la consiguiente internalización de un nuevo orden. Esto es visible, por ejemplo, en el énfasis dado a la obediencia que se debía rendir a los padres, pues si los hijos les desobedecían, «podrían entonces no mostrar la debida deferencia a las autoridades pueblerinas o imperiales»; por tal razón, el virrey Toledo buscó eliminar la insolencia que los hijos les mostraban, «temiendo que [ello] amenazara el ordenamiento social» (p. 117). La mejor muestra de este triunfo sería que, a diferencia de otros lugares, en el valle del Colca las reducciones sí echaron raíz (p. 100).

El problema con esta propuesta se encuentra no tanto en sí misma, sino en que no se la ha desarrollado exhaustivamente. Por ejemplo, el papel de la Iglesia y la evangelización —la prédica, en particular— merecía ser profundizado, máxime teniendo en cuenta la obra de Juan Carlos Estenssoro Fuchs, que desafortunadamente no fue consultada. Pero aún

más grave es un problema que afecta no tanto al libro que comentamos, sino al conjunto de la historiografía peruana(ista): la escasez de fuentes. Una y otra vez, a lo largo del libro, llaman la atención los vacíos y las lagunas que esto provoca y que aparentemente no hay cómo remediar. Pero vacíos aparte, las gemas inesperadas que encontramos en la obra (como la observación de que la terminología del ayllu desaparece de la documentación a comienzos del siglo XVIII, que la muerte debida a un rayo era una de las pocas causas de defunción que se registraban, o el uso de la historia oral para entender las reducciones), además de su propuesta de ver la instauración del Estado como un proceso civilizador —a la manera de Norbert Elias—, hacen que su consulta resulte sumamente provechosa, a la par de las ya consagradas obras de Hemming, Stern y Spalding.

JAVIER FLORES ESPINOZA

Universidad del Pacífico

FARRÉ VIDAL, Judith (ed.). *Teatro y poder en la época de Carlos II. Fiestas en torno de reyes y virreyes*. Madrid: Universidad de Navarra, Iberoamericana/Vervuert, 2007, 359 pp.

Si bien la segunda mitad del siglo XVII encuentra al imperio español con un monarca de frágil salud y un crítico problema de sucesión, es innegable que la producción artística de dicho momento acusa una riqueza simbólica y discursiva que aún hoy desafía al mundo académico. El libro *Teatro y poder en la época de Carlos II*, editado por Judith Farré y publicado por el Centro de Estudios Indianos de la Universidad de Navarra y la Editorial Iberoamericana, representa un significativo aporte para la comprensión de las fiestas como despliegue áulico de la ideología en los espacios públicos del imperio. Sus colaboradores contribuyen con una serie de estudios (históricos, heurísticos, filológicos) que complementan áreas de investigación vigentes o inauguran otras, ya sea por la novedad de su enfoque o por la mención de material inédito.